

negros, el respeto de la fórmula obligó á los deliberantes á designarles por una extraña perífrasis: no se vió en ellos más que «contrabando de guerra», es decir, simples objetos, como pólvora y balas, y durante mucho tiempo las actas y documentos relativos á ese contrabando vivo fueron redactados en una jerga incomprensible á todo jurisconsulto que no estuviera iniciado en el asunto. Asimismo, cuando el nuevo Estado — la Virginia Occidental — se desprendió del Estado esclavista familiarmente llamado «Old Virginia», la voluntad formal de los habitantes no pareció suficiente para justificar aquel acto administrativo, calificado de atentado por los Sudistas, y Lincoln se vió obligado á envolverlo en una docta palabrería que sirvió de tema á los sofismas de miles de casuistas.

A pesar de todo, fué preciso recurrir al acto por excelencia, á la decisión última que formaba como el núcleo de todo aquel montón de cosas secundarias discutidas entre las dos mitades de la república norteamericana. La proclama del 1.º de Enero de 1863 anunció que «todas las personas que estuvieran en estado de esclavitud en cada uno de los Estados rebeldes contra la Unión quedaban libres para siempre». Puede decirse que la revolución quedaba hecha, puesto que los Unionistas estaban de acuerdo para combatir en nombre de un principio y que sus inmensos recursos no se aplicaban ya á la casualidad para una causa cuya justicia se ignoraba. Pero la emancipación gradual de los 3.200,000 esclavos que vivían en las plantaciones de los Estados del Sud debía completarse lógicamente por la liberación de los 800,000 negros esclavizados que todavía existían en los Estados ocupados por los Unionistas. El escrupuloso presidente Lincoln fijaba en 1.º de Enero de 1900 el plazo de emancipación del último trabajador negro de los Estados Unidos, pero el encadenamiento de los hechos pedía una solución más rápida, y pronto fueron definitivamente manumitidos los esclavos en todos los Estados. Pero ocurrió que, habituados á la disciplina por la terrible escuela de la esclavitud, los negros del Sud continuaron observándola durante la guerra, sea con sus antiguos amos, sea con sus emancipadores: todo lo más algunos miles de ellos huyeron de las plantaciones para unirse á los ejércitos federales en los que los oficiales del Norte les acogieron como «contrabando de guerra», per-

mitiéndose utilizarlos en pro de la Unión incorporándoles en los regimientos en marcha. Por último, cuando los Federales pudieron pasar de la defensiva á la franca ofensiva y penetrar á lo lejos en las plantaciones de los Estados meridionales, armados con la proclamación de la libertad, los negros útiles pudieron acudir de todas partes á las filas de los invasores y unos 200,000 combatieron por la



Cl. del Century.

EL PUENTE DE BURNSIDE EN 1886

causa de su raza, pero sin el menor atentado á la legalidad aparente, sin que el hecho de tomar las armas pudiera dar á sus actos el menor carácter de insurrección.

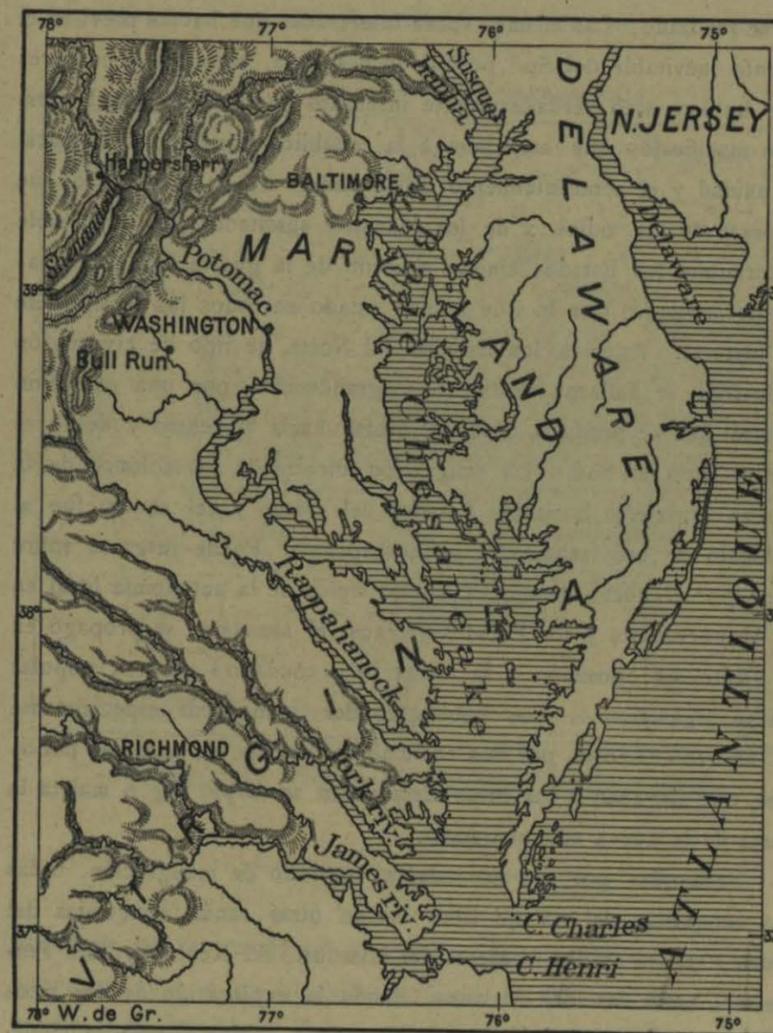
Los acontecimientos se precipitaron. El cambio de frente definitivo se realizó en los primeros días de Julio de 1863, inmediatamente antes de la fiesta nacional. Entonces fué cuando Vicksburgo, que era como el muro que obstruía á los Federales el camino natural del Mississippi, cayó en su poder, y que la última tentativa de los Confederados, avanzando en masa con el grueso de su ejército, fué á estrellarse contra el triángulo poderosamente fortificado de las

colinas de Gettysburgo, en Pennsylvania. La fuerza de la rebelión quedó rota definitivamente: hombres, recursos materiales y confianza comenzaron a desvanecerse, y todo lo que quedaba disponible se dirigía hacia las fortificaciones múltiples que formaban un laberinto de emboscadas delante de Richmond. El inmenso territorio comprendido entre el Atlántico, el golfo de Méjico y el Mississippi no tenía ya elementos de resistencia: se le hubiera podido comparar con la cáscara de huevo casi vacía. De ese modo las tropas federales hacían esfuerzos para atravesar aquella región en su mayor diámetro. Después de las victorias decisivas ganadas en la parte central del territorio de la insurrección, es decir, delante de la curva superior del gran río Tennessee — donde terminan las cadenas meridionales de los Alleghanies y donde comienzan las extensas llanuras en cultivo de la Georgia —, el general Sherman dispuso sus tropas en columnas paralelas, no para destruir el enemigo, que no podía oponer ejércitos de combate, sino para asolar los campos, cortar las líneas de comunicación, los caminos, puentes y ferrocarriles, quemar ciudades, villas y plantaciones, hacer absolutamente imposible toda continuación de la guerra, estableciendo un vacío completo entre los Estados mississippianos y los atlánticos. Destrucción más metódica no se había realizado jamás, ni aun quizá en tiempo de los Mongoles. El incendio se propagó sobre un espacio de más de 100 kilómetros de ancho por más de 500 kilómetros de largo.

Al menos aquella terrible marcha alcanzó su objeto estratégico: llegado a la orilla del mar, cerca de Savannah, el general Sherman se unió a la flota del Atlántico, y el cerco se estrechó alrededor de los Confederados hasta ahogarlos. Era el principio del año 1865: a la sazón los Federales avanzaban a la vez por el Norte, el Sud, el Este y el Oeste sobre las posiciones del general Lee, alrededor de Richmond y de Petersburgo, y el 17 de Abril, los últimos rebeldes, rodeados por todas partes, se vieron obligados a deponer las armas. Así terminó aquella sangrienta guerra, y el equilibrio político y social de la nueva república que surgió de la tormenta se halló completamente cambiado. En lo sucesivo las gentes de piel blanca continuaron irracionalmente, en su mayoría, despreciando y aun odiando a las gentes de piel negra ó morena, pero ya no se

trataba de «principio» de esclavitud ni de «institución divina». Como para dar un carácter épico al fin de la formidable lucha, Lin-

N.º 459. Las dos capitales de la guerra de Secesión.



1: 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

coln, el presidente que había sido el portavoz de la emancipación de los negros, fué asesinado en pleno triunfo.

La victoria de los Estados del Norte sobre los Estados del Sud

produjo las consecuencias ordinarias: hizo aceptar el éxito como legítimo á la gran mayoría de los que lo hubieran reprobado de antemano, é hizo también brotar á miles los profetas del día siguiente, los que decían haber anunciado los acontecimientos mucho antes de haberse realizado. Las mismas voces interesadas que habían previsto el triunfo inevitable del Sud porque lo deseaban, reconocían entonces que hubiera sido verdaderamente insensato no creer en aquel «destino manifiesto» que empujaba á la república norteamericana hacia la unidad y el acrecentamiento de su poder. Y es bien cierto que á pesar de los odios y de los rencores suscitados por el terrible exterminio, los Estados Unidos salieron de la guerra más estrechamente asociados que lo que habían estado en todos los períodos de su historia. Además, los Estados del Norte, de tipo de civilización industrial, se hallaron realmente engrandecidos por una extensión natural que se producía desde el Norte hacia el centro y desde el centro hacia el Sud. La emigración directa de los colonos de la Nueva Inglaterra hacia los Estados del Oeste y del centro fué el vehículo de ese trabajo de intususcepción. Puede juzgarse sobre todo por el hecho de que el cuadro típico de la autonomía local en el Massachusetts y los Estados vecinos, el *township*, se propagó en el Oeste, en oposición á la forma de «condado», menos popular en su organismo<sup>1</sup>. Los habitantes del Connecticut especialmente se hicieron famosos por sus costumbres viajeras, de nómadas políticos, que llevaban á los otros Estados en su *carpet bag* ó maleta la carta de la nueva administración.

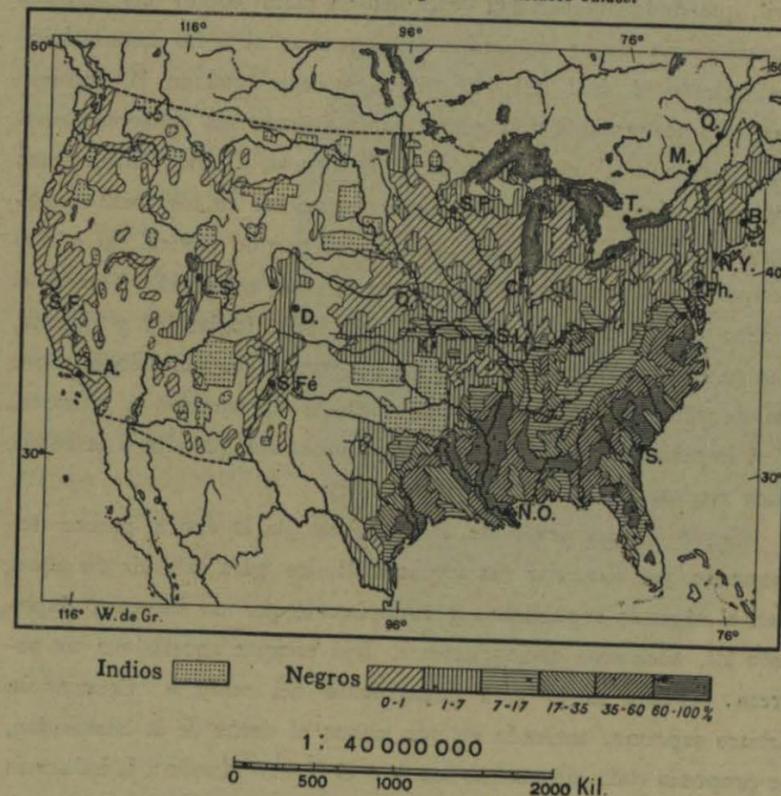
Sostenidas por ese movimiento continuo de inmigración, todas las conquistas del trabajo libre fueron otras tantas conquistas del Norte: rebasó así las fronteras del Missouri, del Kentucky, del Tennessee, hasta las del Alabama, donde la explotación de los ricos terrenos hulleros y ferruginosos dió origen súbito á grandes ciudades rodeadas de fábricas, y donde las costumbres de los asalariados blancos se extendieron entre los trabajadores negros. El litoral de la Florida, con sus soberbios hoteles, donde van á miles los valetudinarios y los ociosos de las ciudades atlánticas, se ha con-

<sup>1</sup> Emile Boutmy, *Éléments d'une Psychologie politique du Peuple Américain*, p. 42.

vertido también en una especie de prolongación económica de las costas de la Nueva Inglaterra, de New-York y de New-Jersey.

En cuanto al resultado mayor de la guerra, la emancipación de los negros, claro es que si fué proclamada en una fecha precisa, no fué realizada en seguida. La esclavitud no desapareció, ó por me-

N.º 460. Los Indios y los Negros en los Estados Unidos.



por decir, no se transformó sino lentamente en su forma industrial moderna, que es el salariado; todavía en nuestros días, cerca de medio siglo después de la emancipación oficial, se conservan en las prácticas y en las leyes, sobre todo en el fondo de las almas, muchos vestigios repugnantes del antiguo estado de cosas. Hasta se ha dado el caso de haber juristas que han tratado de restablecer indirectamente la esclavitud por toda clase de artificios legales y de haber hallado cómplices en los tribunales y en los parlamentos de los Estados. Semejantes iniquidades son inevitables, porque las an-

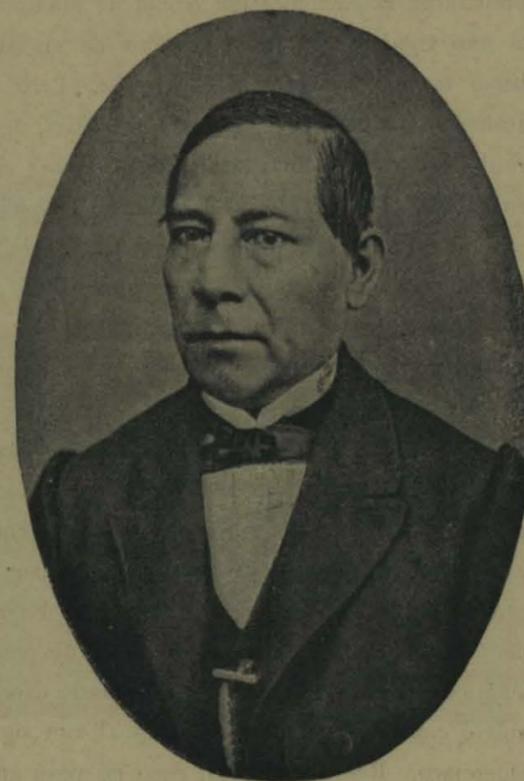
tiguas instituciones tienen la vida dura; y, además, ¿no toman todas las explotaciones del hombre por el hombre, esclavitud, servidumbre, salariado, formas análogas, difíciles de distinguir en los diversos medios?

La república norteamericana salió tan poderosa de la guerra civil, que pudo obtener una gran victoria moral contra una potencia extranjera sin llegar siquiera á las amenazas ni á las amonestaciones. Desde el final del año 1861, es decir, cuando la Secesión estaba ya pronunciada y la guerra había causado sus primeros desastres, Napoleón III, el emperador de la fortuna, á quien atormentaba una idea quimérica, intervenía diplomáticamente en los asuntos interiores de Méjico para aliarse allí con el partido clerical, al mismo tiempo que servía los intereses de algunos agiotistas. Viendo el género de aventura á que se les conducía, Inglaterra y España, que se habían aliado á Francia para formular reivindicaciones sobre los negocios de empréstitos y aduanas, se apresuraron á retirarse, y el imperio napoleónico quedó solo buscando querrela á la república mejicana.

Según el testimonio de los cronistas de la época, parece demostrado que al enviar sus tropas á Méjico para destruir en aquel país el régimen republicano y reemplazarlo por un imperio, Napoleón III, silencioso ordinariamente, dejó escapar aquella vez un secreto: «¡Este es el gran pensamiento del reino!» Creyéndose árbitro supremo, teniendo en sus manos el timón de la humanidad, se proponía nada menos que sustraer el Nuevo Mundo á la influencia preponderante de los Anglo-Americanos y hacer para la Hispano-América lo que creía haber hecho para Francia, trazarle un cauce permanente como á los ríos rectificadas, arrancarla definitivamente al régimen incierto y variable de los instintos y los caprichos populares, imponerle una evolución venida de arriba y regida por la voluntad de un hombre, de un emperador, presunto razonable y prudente siempre. Para dar á su designio una apariencia absolutamente desinteresada, se guardó mucho de imitar á su tío, que dispuso de los tronos para su dinastía: el escogido por él como representante de su ideal monárquico pertenecía á la antigua casa de

Austria, la de todas las familias reales de Europa hacia la cual los fanáticos de la tradición de servidumbre levantan los ojos con la mayor veneración. El momento parecía bien escogido para entronizar el descendiente de los Habsburgo en aquel país que había sido con-

quistado por los lugartenientes de Carlos V. En efecto, la «doctrina de Monroe», que prohibía á las potencias de Europa intervenir en los asuntos americanos, se hallaba momentáneamente herida de caducidad, puesto que la república norteamericana estaba entonces desunida; quizá los mismos políticos que trataban de imperializar á Méjico esperaban que la fuerza del ejemplo y la comunidad de los intereses decidirían á los Estados confederados, es decir, á la aristocracia esclavista de las regiones



Cl. Lippincott.

BENITO JUÁREZ, 1806-1872

Presidente de la República Mejicana.

floridianas y mississippianas á aliarse íntimamente al nuevo imperio mejicano.

Pero todas esas combinaciones carecían de presciencia y de sagacidad: el pensamiento más grande de Napoleón fué en realidad una grandísima locura. En primer lugar las tropas francesas que habían triunfado de los más temibles ejércitos sobre los campos de batalla de Europa, se hallaron frente á valientes enemigos á quienes habían despreciado injustamente de antemano; su primer choque serio fué un fracaso para aquellas tropas: el asalto de Puebla,

en 5 de Mayo de 1862, fué victoriosamente rechazado, y pasó más de un año antes que el ejército francés pudiera reorganizarse y penetrar al fin en Puebla para abrirse el camino de Méjico. Los Franceses entraron en la ciudad el 10 de Junio de 1863 y en ella prepararon la entronización oficial de Maximiliano, que se presentó al año siguiente á tomar posesión de su imperio, después de haberse hecho consagrar por el papa. Pero la guerra no se había acabado; aunque los regimientos franceses, apoyando al ejército clerical de los generales conservadores, fuesen casi siempre vencedores en batalla campal, y que el gobierno republicano presidido por el indio Benito Juárez, tuviera que huir de ciudad en ciudad, no dejaba de organizar guerrillas que hostigaban por todas partes á los vencedores, les cortaban los caminos y se apoderaban de sus provisiones. Se ahorcaban centenares de patriotas, pero renacían á millares.

Cuando la ruina completa de los esclavistas produjo la gran evolución de la historia americana, Napoleón comprendió que debía preparar su retirada y modificar prudentemente su política, dejando á Maximiliano librarse de su situación si aun era posible. El desgraciado creyó conseguir su objeto por el terror, y por un decreto de Octubre de 1865 decretó la pena de muerte en el término de veinticuatro horas contra todo adversario capturado. Ese decreto se volvió contra él y le fué aplicado al año siguiente en los fosos de Querétaro. Reinó tres años, pero no pasó un día de aquel imperio sin que los historiadores leyeran claramente su horóscopo de víctima expiatoria: el gran pensamiento le fué funesto. Sin embargo, el crimen político de que Francia, sacrificada á las quimeras de su amo, se había hecho culpable sin tener en él participación moral, no le suscitó sentimientos de odio y de venganza en el alma de los Mejicanos. Un seguro instinto había advertido á éstos que el invasor, enemigo de ocasión y no de naturaleza, no les odiaba, y le perdonaron, prefiriendo recordar las enseñanzas de la Revolución francesa á los caprichos incoherentes de la contra-revolución imperial. Además, comprendían que en la lucha de los intereses, tan ruda entre las naciones como entre los individuos, nada tenían que temer y sí mucho que esperar de la solidaridad moral de sus her-

manos «latinos», mientras que por el contrario, se encontraban en el caso de temerlo todo de sus amigos de un día, vecinos de ultra Río Grande.

Como quiera que sea, el resultado de la guerra de Méjico dejó perfectamente sentada la «doctrina de Monroe» como una verdad política ya indiscutible: durante el medio siglo que acababa de transcurrir, las ambiciones se habían convertido en una firme realidad. En lo sucesivo no podría imaginar la mente más quimérica



Cl. Lippincott.

EL ACUEDUCTO DE QUERÉTARO

que Francia, Inglaterra ó cualquiera otra potencia europea pudieran modificar á su capricho el equilibrio político del Nuevo Mundo, ni en la América del Norte ni en la América del Sud.

El principio establecido por el presidente Monroe, con motivo de las sublevaciones de la independencia hispano-americana, no podía encontrar ya contradictores. Por la fuerza de las cosas, lo mismo que por la conciencia orgullosa de su misión entre las naciones, los Estados Unidos habían llegado á disponer en todo el mundo occidental de una verdadera superioridad; constituían una república patrona de otras repúblicas, que formaba, por decirlo así, en la ordenación general del mundo, el contraste con el imperio ruso,

el más poderoso de todos por la extensión territorial, y el que representa por excelencia los principios conservadores del despotismo antiguo.

Después del gran trastorno de la guerra de Crimea, el gobierno ruso tuvo que hacer un arreglo con la opinión pública excitada. Aunque la nación no tuviera un solo órgano representativo directo por el cual pudiera manifestarse oficialmente su comprensión de las cosas, no por eso dejaba de agitarse, y algunas rebeldías locales, signos precursores de una transformación general, atestiguaban la creciente impaciencia de los súbditos. Por más que el gobierno central quisiera conservar la rutina tradicional, no podía ignorar ese estado de cosas y buscaba el medio de dar alguna satisfacción á las exigencias populares.

No hay duda que la nación rusa, con el egoísmo colectivo correspondiente á ese montón de hombres determinados por la serie secular de los acontecimientos, permitía á sus gobernantes proseguir su política de conquista y opresión contra el extranjero; hasta veía con cierta satisfacción las anexiones lejanas que añadían al imperio las inmensas extensiones asiáticas; aprobaba las campañas del Cáucaso, que terminaban en 1859 por la captura de Chamil, profeta y guerrero, y en 1864 pacificaban por la despoblación completa todo lo que quedaba de territorios rebeldes en la Caucasia occidental, dándose el caso de que la misma masa del pueblo ruso se hallaba ciertamente de acuerdo con su gobierno para aprobar la sofocación de una nueva insurrección polaca en 1863. Como tantas otras poblaciones, la de la «Santa Rusia» sólo pedía justicia para sí misma y participaba voluntariamente en la injusticia cometida contra las otras.

Las mejoras materiales son las que los gobiernos se dejan arrancar más fácilmente, porque son los primeros en aprovecharse de ellas. La red de los ferrocarriles comenzó á unirse á la única línea de gran comunicación que existía entonces, la que unía las dos capitales, Moscou y Petersburgo. Algunos caminos, á los que se habían anticipado las vías férreas en diversas regiones del imperio, se trazaron en diversas comarcas y se construyeron algunos puen-

tes sobre los ríos. Al mismo tiempo se abrieron escuelas para los hijos de la burguesía naciente y se publicaron amnistías para lo pasado; dióse libertad á algunos dekabristas desterrados que todavía vivían y los miembros de sus familias fueron declarados rehabilitados.

Al mismo tiempo, en 1857, se decidió poner la mano sobre el arca santa de la servidumbre, que, desde el atentado de Boris Godunov contra la libertad rusa, había roído tan profundamente el corazón de la nación. Como siempre en semejante circunstancia, esta decisión «liberal» del gobierno había sido dictada por la necesidad. El emperador Alejandro expuso su razón á los nobles reunidos en el Kremlin: «Demos la libertad para que no sea tomada á viva fuerza». Las sublevaciones parciales y las rebeldías individuales de los campesinos eran frecuentes, y, por otra parte, muchos señores estaban de corazón con los rebeldes. Había siervos desesperados que en multitud huían hacia las estepas de la Rusia meridional, y se producían sangrientos conflictos en las casas de campo de los señores. Se evaluaba por término medio anual en setenta el número de los propietarios asesinados por los campesinos, á veces con el refinamiento del tormento y de la hoguera<sup>1</sup>.

En 17 de Marzo de 1861 (el 5 en el calendario ruso) se inauguró la era de la emancipación. Calcúlese la inmensidad del cambio económico y social en todo el organismo de la nación, considerando que el número de campesinos varones que habían de emanciparse en la Rusia europea, en Siberia y en la Transcaucasia se elevaba á cerca de doce millones (diez millones y medio de individuos existían según el censo de 1857, el último que los contó), de los cuales de ochocientos á novecientos mil pertenecían á los dominios imperiales y á las diversas administraciones. Añadiendo á esas «almas» de hombres, las de las mujeres de todas las edades, el conjunto de los siervos, poco distante de 23 millones, representaba, según Semevsky, más de la mitad (53 %) de toda la clase de los campesinos del imperio y más del tercio (37 1/3 %) de la población de la Rusia propiamente dicha.

<sup>1</sup> Alex. Tratchevski, *Revue Internationale de Sociologie*, Agosto 1895, p. 19.

El trabajo puramente administrativo de la emancipación, comenzado por grados ante todo en los gobiernos más próximos á la Europa civilizada, se prolongó durante un período de dos años, pero los pagos de dinero impuestos á los campesinos por la tierra que recibieron en propiedad indivisa de sus comunes continuaron hasta el final del siglo. En efecto, no se dejó á los siervos emancipados la tierra que ocupaban cuando estaban adscriptos á la gleba: se les hizo pagar el valor de la tierra cuya propiedad no se les podía negar en justicia; el gobierno mismo no permitía á los señores privarles de ella, y en cuanto á los campesinos, no cesaban de reivindicarla en sus leyendas, en sus cantos, en sus relaciones en torno del hogar y en todos los momentos, en todas las ocasiones en que hallaban oportunidad para manifestar libremente su pensamiento, su aspiración predominante.

No sólo se les impuso el pago á un precio que representaba en algunos distritos tres veces el valor comercial de la tierra, sino que ni siquiera se les permitió adquirir la superficie total del terreno que cultivaban bajo la servidumbre. El *nadyel* fué disminuído, sobre todo en las provincias fértiles del Mediodía, y únicamente hubiera podido sustentar al trabajador y á su familia por medio de la aplicación de procedimientos perfeccionados, á la sazón desconocidos en Rusia. En el fondo, con aquel pago, los campesinos indemnizaban al señor por su libertad personal y por librarse de las tres jornadas de servidumbre semanal que le debía todo siervo, hombre ó mujer<sup>1</sup>.

Uno de los más bruscos cambios producidos por la emancipación de los siervos fué la ruina de una gran parte de la nobleza. Apenas los nobles — sobre todo los que no visitaban sus tierras sino para pasar en ellas una temporada durante el estío — recibían las obligaciones que representaban el precio de la compra de sus tierras, las negociaban y derrochaban su importe ostentando un lujo fastuoso; otros vendían las tierras que constituían su fortuna particular: se dice que más de 30 millones de hectáreas se convirtieron así en poco tiempo en la presa de los especuladores y de los

<sup>1</sup> Kropotkine, *Notas manuscritas*.

usureros, en tanto que el Estado, por las facilidades ofrecidas á la hipoteca de las tierras y también por confiscaciones, se hacía propietario de hecho de la mayor parte de los territorios señoriales. Por último, muchos propietarios, sin duda la mayoría, más atraídos por la vida del funcionario que por la del gentilhombre rural, preferían arrendar sus tierras á los campesinos á darlas valor por sí mismos y sólo conseguían precipitar en la ruina á sus antiguos siervos.

Aumentando rápidamente la población agrícola, para la que el cultivo de la tierra era el único trabajo posible, con la carencia de tierras suficientes, pronto se elevaron los precios de los arrendamientos. De ese modo, desde hace cuarenta años, la situación de una cuarentena de millones de campesinos no ha cesado de empeorar en la Rusia central: el «rescate», los impuestos crecientes, los arrendamientos elevados, el incesante predominio de la rutina y la ignorancia de los buenos métodos de cultivo han conducido al agricultor ruso á la misma situación que el de Irlanda. Verdad es, no puede negarse, que hay excepciones: la iniciativa y la ayuda mutua han sido suficientes en distintos puntos, principalmente en el gobierno de Moscou, para hacer reemplazar el primitivo hierro puntiagudo por el arado profundo, y para introducir con el trébol un método de división cuadrienal. ¡Pero cuántos campesinos sucumben á la miseria, y cuántos cambian una esclavitud por otra, la del *barine* por la del usurero, judío ú ortodoxo, más implacable todavía! ¡Cuántos municipios, cuántos distritos se ven diezmados á consecuencia de las malas cosechas y del hambre siempre amenazador!

Un hecho grave se produjo en la misma época: el nacimiento de un proletariado industrial; una nueva casta se formaba así, al mismo tiempo que la casta de la burguesía aumentaba su fuerza por la fundación de manufacturas y la dominación del comercio; pero á pesar de todo, los obreros de fábrica son en Rusia la ínfima minoría. Si en las provincias centrales las pequeñas industrias rurales y de estación ocupan más de siete millones de personas, el servicio de las manufacturas, á pesar de las primas y de los favores gubernamentales, apenas exige dos millones de trabajadores; es decir, ha

tomado al trabajo agrícola menos de la quincuagésima parte del aumento de población habido entre 1861 y 1905. Todavía actualmente la inmensa mayoría de la población rusa no tiene más recurso que la agricultura.

Toda gran revolución es generadora de progreso y de regreso, y según que la historia examine los unos ó los otros, se inclina á deplorar ó á celebrar los resultados del acontecimiento. Pero en cuanto á las consecuencias de la emancipación de los siervos de Rusia, no hay duda posible. A pesar de todas las reticencias y de las malas voluntades, á pesar de las toscas tentativas de los reformadores que trataban de quitar con una mano lo que daban con la otra, la esclavitud estaba positivamente abolida; el amo no tenía ya el derecho de azotar á su doméstico, ni la señora podía clavar alfileres en la carne de la sierva rival; el trabajador podía labrar la tierra cantando, porque había comprado su tierra y la llamaba suya y podía removerla y fecundarla con amor.

La admirable consecuencia de la emancipación fué que comenzó á formarse una opinión pública en aquella masa antes inerte, y que, en virtud de la lógica de las cosas, era necesario dar cierta satisfacción á esa opinión pública, llegando hasta admitir en Rusia la institución del jurado, con gran escándalo de los viejos conservadores, y uno de los más sensacionales veredictos del nuevo tribunal fué la absolución de una joven, Vera Zassoulitch, que había vengado la fustigación de un prisionero en la persona del culpable principal, el general de la policía (1878). Asimismo el gobierno fué impulsado por el espíritu de emancipación hasta permitir á los campesinos exponer sus quejas y formular sus proposiciones en las asambleas cantonales ó *zemstvo*.

Rusia vió esas cosas extrañas: los jueces de paz elegidos en segundo grado por todos los campesinos al igual que sus señores, luego unos parlamentos donde los labriegos se permitían discutir sus intereses con buen sentido, hasta con ingenio y bello lenguaje. Indudablemente diversas medidas restrictivas, sobre todo bajo el reinado de Alejandro III, llegaron á suprimir casi por completo aquel primer ensayo de una representación directa de los intereses; pero la cosa cierta, inevitable, que ningún gobierno puede borrar de la historia,

es que la nación rusa se hallaba ya colocada por su movimiento social y político en un medio análogo al de las demás naciones cultas de Europa; que, por consiguiente, todas las revoluciones del pensamiento habían de hallar allí una sociedad preparada para comprenderlas. El mundo moderno se había engrandecido con toda la inmensidad de Rusia.

